

ARANDA PÉREZ, F. J. y MARTÍN LÓPEZ, D. (coords.), *La Toledo que alentó al Greco. Paseos por la ciudad que confortó a un artista sorprendente*, Toledo: Antonio Pareja Editor, 2017. ISBN: 978-84-95453-82-2.

---

DOI: 10.24197/ERHBM.8.2021.181-183.

En una ciudad a la que siempre le ha costado tanto celebrar a sus figuras ilustres, con ser estas tantas, en esa *peñascosa pesadumbre, gloria de España, luz de sus ciudades, ciudad santa* que dijera Cervantes en su *Persiles*, ha surgido esta elaborada iniciativa comandada por los profesores Francisco José Aranda Pérez y David Martín López, de la Universidad de Castilla-La Mancha. Qué duda cabe que el proyecto de esta monografía coral surgió al rebufo de los fastos del cuarto centenario de la muerte del genial pintor greco-italo-hispano (o más bien candiota-toledano) que cumplieron en el rutilante *Año Greco* de 2014. Pero no ha sido ésta una obra de ocasión, ni mucho menos una loa oficial u oficialista más en torno a esa efeméride. Tras una meditada estructuración que ha repartido juego entre varios jóvenes y maduros especialistas, y sin ningún patrocinio público salvo el de la universidad mencionada, se ha resuelto sin apresuramiento uno de los mejores estudios *ambientales* alrededor de la creación de uno de los artistas más particulares y señeros del panorama manierista europeo. En efecto, estamos ante un fruto maduro de ese impulso inicial, que ha visto la luz tres años después del centenario -publicar independientemente no es fácil- y que ahora queremos destacar en el lugar que se merece. La ocasión lo requería y no se ha limitado a un estudio más o menos redundante sobre la figura del cretense universal como artista toledano, pues no en vano fue en la llamada Ciudad Imperial donde el Greco produjo sus obras de madurez y hasta de decadencia, coincidiendo con el cenit y el nadir de una ciudad, de un reino y de una monarquía en la apasionante intersección de los siglos XVI y XVII. El libro no es un estudio artístico, sino, más bien, un libro de historia total, esto es, un estudio por supuesto cultural, a la vez que social, económico, religioso, ideológico-mental, de un peculiar centro urbano que convirtió a Doménikos Theotokopoulos en un destacado y comentado personaje de su tiempo, a raíz de pinturas y retablos tan emblemáticos como los del convento de Santo Domingo de Silos el Antiguo, la parroquia de Santo Tomás, los hospitales de la Caridad de Illescas y de San Juan Bautista de Toledo (Tavera), o la misma Catedral Primada; o la multitud de encargos y retratos de personalidades de profesores, eclesiásticos, nobles y próceres de la sociedad urbana, desde una doña María de Aragón hasta un arzobispo de Granada como el cardenal Niño de Guevara. No se han dado más vueltas de tuerca a manidos tópicos y lugares comunes, y se ha intentado equilibrar en su justo término a un personaje y a una colectividad urbana que, en realidad, fue mucho más importante. Toledo hizo al Greco, como el Greco ayudó a configurar uno de los paradigmas ciudadanos más importantes de su tiempo. El resultado ha sido este libro en donde se destaca ese protagonismo de la ciudad de Toledo (“ciudad toda” dijo Gracián en *El Criticón*) en catorce capítulos que machaconamente se intitulan con el nombre de la ciudad y que cuentan con una profusa y elegante ilustración en color y blanco y negro gracias a la pericia

del editor Antonio Pareja, que asumió y se arriesgó con su publicación. Con todo, y frente a otras obras similares, este buen aparato gráfico no ha oscurecido para nada los textos. Después de una introducción en donde se expone el artificio de Toledo como lienzo para un pintor (aunque también era diseñador arquitectónico), una serie de adjetivos remiten a diferentes análisis urbanos: “saturada” (población), “trajinera” (comercio, economía), “manierista” (sede de una escuela artística), “trentina” (reforma católica), “humanista” (estudios humanísticos y científicos), “impresa” (producción de libros), “documentada” (el mundo de los papeles y archivos), “academia” (universidad), “cierra España” (el mito), “jolgorio” (festejos), “segunda Roma” (el gran peso eclesiástico), “caballera” (el papel de la nobleza o hidalguía), “mísera” (los menesterosos), etcétera. Después de una pequeña reflexión sobre la marcha de la ciudad hacia su decadencia (un “*Quo vadis?*”), se ofrece una útil bibliografía final cuya consulta ha descargado el texto de farragosas e molestas citas, para que su lectura sea más fluida para un público no sólo especialista sino profano y meramente aficionado; y a fe que lo consigue, aparte de por la variedad de plumas que participan.

A partir de aquí la cantidad de reflexiones y detalles que nos traen a colación son sorprendentes, desgranados en todos y en cada uno de los capítulos y apartados del libro. Es como si abriéramos uno a uno, con suavidad y delectación, los cajones de un mueble-escritorio o bargueño. Invitamos a los lectores a que se deleiten con el puntillismo de esos detalles. Ahí está esa Toledo bullente de población donde, en consideraciones de Antonio Casado, el Greco se movía en medio de más de 60.000 cuerpos y almas, no muchos menos que la actualidad, en donde pudo contar con la amistad de interesantísimos hombres de Iglesia (con los que no sólo litigó) como Luis de Castilla, Antonio de Covarrubias, y un largo elenco. Una *segunda Roma* que dio brillo y poder hasta a cinco diferentes arzobispos, como Fray Bartolomé Carranza de Miranda, Gaspar de Quiroga y Vela, Alberto de Austria (sobrino de Felipe II), García de Loaysa y Girón, y Bernardo de Rojas y Sandoval (tío del todopoderoso Duque de Lerma). Una metrópoli que, pese al traslado administrativo de la Corte a la sufragánea Madrid, seguía contando con grandes proyectos urbanísticos y que estaba impregnada de un fino ambiente humanista gracias a la Universidad de Toledo, nacida en 1520 del seno del Colegio de Santa Catalina, cuyos profesores vemos reflejados en tantos cuadros grequianos. Aunque, como bien nos muestra Luis Alberto Pérez Velarde en su capítulo *Toledo manierista*, no siempre el arte de Teotocópuli fue apreciado en todo lo que valía (el San Mauricio o el Despojo-Expolio) por *alejarse de la correcta representación de los motivos tradicionales*, en palabras del padre Sigüenza, y porque retraía de rezar los santos representados en sus lienzos. Una *ciudad trajinera* que, según José María Nombela, destaca, entre otras actividades, por la calidad de sus armas blancas y su manufactura textil, constituyéndola en paso obligado para mercaderes de todo el orbe, con multitud de puntos de venta repartidos por toda la urbe y cuyos productos variaban desde los agroalimentarios a los más selectos como joyas, perfumes o sederías. Una ciudad acunada por los vientos de la contrarreforma católica, hecho estudiado por David Martín, con los esfuerzos de sus arzobispos por poner en práctica las normas del Concilio de Trento mediante libros (catecismos, misales, libros de piedad), el arte (con las representaciones de santos) y en el uso de materiales litúrgicos (desde aceites, cera o vestidos) que todo buen católico debía atender. Una ciudad *humanista y académica* en alto grado, pues como nos explican Ignacio Javier García Pinilla y el propio David Martín, Toledo era una ciudad que apostó por la educación superior desarrollando una universidad propia, muy abierta,

por supuesto muy clericalizada, que implementó a la universidad mayor cisneriana de Alcalá. Una ciudad culta, cuyas bibliotecas particulares no dejaban de aumentar gracias a su creciente riqueza, con estantes de temática religiosa, pero también jurídica, literaria, científica..., y con importante producción local, algo que refleja el concienzudo estudio de Inmaculada García-Cervijón. No podemos dejar de lado las inmensas cantidades de documentación generadas por los escribanos, notarios, contadores, secretarios (civiles y religiosos, administrativos, judiciales), pues gracias a sus archivos podemos conocer el día a día de los toledanos, como nos ilustra Luis Escudero, como por ejemplo las escrituras notariales en torno al mismo Greco. Por demás, la ciudad llegó a ser en sí misma un *mito historiográfico*, y así lo define y argumenta Francisco José Aranda, como verdadera capital espiritual española, más religiosa que política -aunque también-. En este mismo ambiente tan imbuido de catolicismo, Isidoro Castañeda analiza el funcionamiento litúrgico-festivo de sus templos, empezando con la propia catedral, que en 1604 sumaba nada menos que 340 aniversarios, 99 fiestas votivas, 143 misas de réquiem y 861 conmemoraciones de estaciones y responsos; todo ello sin contar la celebración de los autos de fe como reconciliación y condena social, o las celebraciones concretas como el nacimiento de príncipes o el traslado de las reliquias de un santo a la capital, y tantas otras ocasiones. Una *segunda Roma* que, en palabras de Alfredo Rodríguez, concentraba a los más altos intelectuales de la iglesia y también a los más poderosos crematísticamente. Muy cerca de éstos, Miguel Fernando Gómez Vozmediano se refiere a una ciudad noble, que concentraba a familias de alta alcurnia como los Pacheco, Silva, Ayala, Castilla, Niño, que timbraban sus iglesias y moradas con sus blasones y escudos como escenificación de su poder. Pero unos aristócratas piadosos, que, según el texto de Francisco Javier Moreno, también ayudaban a los más desfavorecidos manteniendo iglesias, colegios, hospitales, albergues y otras instalaciones. No obstante, a la postre, la ciudad, perdida su vitalidad económica y urbana, fue perdiendo lo más cualificado y lo menos cualificado socialmente de su población, para convertirse en una superviviente levítica en donde la Iglesia supo enseñorearse y hasta prosperar. Precisamente, por lo eclesiástico el Greco pudo sobrevivir en el más complicado Seiscientos, pero acabó sus días un tanto pobre, siendo su trayectoria un remedo de decadencia de lo que la misma ciudad sufrió, como concluye el profesor Aranda. De hecho, Toledo fue casi vendida en almoneda y tuvo que ver, como la producción del mismo Greco, tantas obras de su espíritu indómito fuera de sus murallas. En efecto, hasta el siglo XX no se reivindicó de nuevo la ciudad y, por supuesto, a través de una nueva valoración del Dominico Greco. Empero, esperamos que esta obra ayude a sopesar mejor esa simbiosis y anime a profundizar en las relaciones entre Historia y Arte.

Sandra Rodríguez de la Rubia Pérez.  
Universidad de Castilla-La Mancha.  
c.e.: rodriguezdelarubiaperez@gmail.com.